

Índice

Prólogo, 9

Primer premio:

Sobreviviré

por Pablo Gutiérrez Llamas, 15

Segundo premio:

Carlota

por Ana Uriarte Roldán, 27

Finalistas:

El arte del ancla

por Marta Chaves López, 37

Suficiente

por Dagmara Gloria Tarutín, 49

La luz de los recuerdos

por Miguel Reviriego de las Heras, 61

Babushkin es el mejor pintor del mundo

por Julia Hernández García, 69

Lágrimas en el tocadiscos

por Inés Bermejo González, 81

El fragor del autobús al detenerse en la parada no abstraigo a Maite de sus pensamientos. Camino ya del trabajo, su vista se perdía viendo, pero no observando, a las escasas personas que a esas horas todavía recorrían las calles. Al igual que oyendo, pero no escuchando, a quien eventualmente pudiera dirigirse a ella.

Como cada noche, Maite llegó vestida de tristeza al museo. Subió los peldaños que conducían a la entrada de forma pausada, con una lentitud que exasperaría a cualquier observador. En un compás donde su ritmo no parecía coincidir con el tiempo real. El cambio de turno se produjo de forma rápida, su compañero era alguien de pocas palabras. Hecho que ella, de alguna manera en el fondo, agradecía.

Procedió entonces a enfundarse un traje provisto de una chaqueta gris piedra, de la que se descolgaba un cordón desde la charretera izquierda hasta el bolsillo correspondiente. Con mangas rematadas en sus puños por una ristra de tres botones de color dorado, casi ámbar, que reflejaban la luz de forma intimidante a quien los mirara. A juego en tamaño, forma y color con los que se abotonaban en los ojales de la parte central. Dotando a su portadora de un aspecto sobrio, sin florituras, pero transmitiendo el pretendido respe-

to. Un pantalón de tiro medio, color azul cobalto, sin mayor detalle que una línea lateral a juego con el tono de la chaqueta, que recorría longitudinalmente la distancia entre la cintura y el bajo. Acompañando dicho conjunto, se hallaba una camisa albar, pálida y sin gracia, en cuyo cuello reposaba una corbata negruzca, si cabe, más insulsa.

La ronda por las diferentes salas comenzaba siempre con la desesperanza de quien no espera encontrar algo reconfortante. Las estilizadas figuras del Greco o las orondas imágenes de Rubens se le mostraban desabridas tras el prisma de su mirada. Mientras que las representaciones de horrores y tragedias se le presentaban amenazantes y devoradoras de aliento. Esa era la rutina que, a modo de letanía, se repetía cada noche.

La claridad que se filtraba por las ventanas del museo anunciaba el fin de la jornada. Tras cambiarse, se encaminó hacia la sala destinada al personal de seguridad. Allí se topó con Ramiro, su relevo. Maite fue parca en palabras, no deseaba quedarse un segundo más allí. Necesitaba aire fresco, huir, pero no se puede escapar del mundo, y ganar la calle solo le sirvió para cambiar de escenario en una vida que la asfixiaba.

Desde que rompió su relación, la angustia gobernaba su vida. Era plenamente consciente de que era necesario, que había obrado correctamente, pero terminar con todo lo que había construido junto a su pareja le hacía sentirse culpable. De poco parecían servir como excusa las amenazas, los desprecios o las humillaciones con las que había estado conviviendo. Sin embargo, cuando estas se movieron sobre la delgada

línea que suponía justificarlas, un aire de razón se insufló en ella y comprendió que debía poner fin a aquella relación tóxica.

Su día a día transcurría entre la agonía por superar la crisis que la atenazaba y encontrar la derrota que guiara el barco de su existencia a buen puerto. Ya no quedaba con sus amistades, ni siquiera contestaba a sus llamadas. Aparecía así, ante los demás, como huera, esquiva e incluso misántropa, en una actitud de desafección, no solo hacia las personas, sino con la vida misma.

Tras una jornada más de trabajo, Maite se preparaba para abandonar el museo. Sin embargo, su compañero Ramiro se interpuso frente a ella.

—No se te ve bien —le espetó en una suerte de intercesión dentro de la escasa relación que mantenían.

Jamás había cruzado con su compañero unas palabras que no fueran más allá de las de pura cortesía y formalidad dentro de su relación laboral. Maite no supo qué contestar y, sin pronunciar palabra, negó con la cabeza saliendo apresuradamente del lugar.

Al día siguiente, llegó al cambio de turno con la intención de realizarlo lo más ágilmente que supiera y así evitar cualquier conversación con Ramiro. Sin embargo, no pudo evitar lo que estaba condenado a suceder.

—Conozco esa mirada, la he visto antes en mucha gente. Esconde la desesperanza de quien ha sufrido por amor. De quien percibe el tormento del fracaso de una relación, como penitencia merecida.

Maite fue incapaz de ocultar la sorpresa en su rostro. Jamás había reparado en aquel hombre que proba-

blemente le doblaba en edad. De compleción gruesa, estatura escasa y semblante risueño, sus palabras no guardaban relación alguna con su presencia. Poseía unas manos ajadas, fruto probablemente de algún preterito trabajo poco cualificado. Su cara mostraba unas ojeras bien definidas, fiel reflejo de ser el más veterano en el turno de noche, y su ropa de calle, sin marca o moda reconocible, denotaba la nula importancia que le daba a su aspecto. No obstante, sus palabras habían sonado como un axioma difícil de rebatir.

En la jornada posterior, Maite ya no se dispuso a realizar el cambio de turno de forma apresurada. Ramiro había despertado en ella una mezcla entre incredulidad y curiosidad. Inconscientemente, se mostraba ansiosa de escucharle de nuevo.

A pesar de buscarle con la mirada, no lo encontró. En su lugar, se hallaba otro compañero, al que preguntó por Ramiro.

—Hoy no le tocaba venir. Sin embargo, se ha pasado un momento para dejarme algo para ti —respondió su compañero, a la vez que señalaba hacia un lugar de la estancia.

Encima de una mesa se hallaba un paquete de cartón, con tamaño y forma de libro. Imposible de abrir si no era cortando la cinta adhesiva que lo protegía.

El trayecto en autobús hasta casa se le hizo esta vez más largo que de costumbre. La curiosidad la asaltaba, mientras sostenía en sus manos aquel paquete, intentando averiguar qué contendría. Instintivamente, sus pensamientos se dirigían por primera vez, desde hacía tiempo, hacia algo que no fuera el pesar o el desaliento.